

sa cascada, y á comoverse con las aventuras de Miguel Strogoff. El jueves 9 de Febrero la Compañía Moreno se despidió con el *Anillo de Hierro*, anunciando que el Sábado de Gloria estaría de regreso para dar principio á la nueva temporada. El teatro, dice un revistero, estuvo lleno como nunca; agotáronse las localidades desde buena hora, y mucha gente hubo de volverse deplorando no haber encontrado asiento. Durante la función los artistas fueron muy aplaudidos; por cualquier cosa se les hacía salir á la escena ó repetir trozos de música; y era que el buen público se despedía de los que en la *Guerra Santa* y en *El Salto del Pasiego* han hecho su delicia. Después de la función, á eso de la una de la madrugada, partió la Compañía, con Moreno á la cabeza.

“Cuatro wagones y dos plataformas condujeron á la Estación de Buenavista á los viajeros y sus equipajes, y allí tomaron el tren *Express* que les estaba preparado para conducirlos á Veracruz, cuyo Teatro Principal tenían tomado. Multitud de personas fué á despedir á la Compañía de Zarzuela, que realmente iba á hacer falta.”

Ausente Moreno, retirado Grau, sólo quedó á los buenos habitantes de la Capital, á quienes en vano quisieron llamar al viejo Coliseo una mala Compañía de zarzuela y el profesor electricista Adolfo Gardetti y el Circo Metropolitano. Sus empresarios los Hermanos Orrin, cada vez iban ganando mayor terreno en el aprecio del público, no sólo porque procuraban atraerle con su familia *Leopoldo*, la *Giraldina*, la *Niña del Aire* y Miss Lottie, sino por su buena disposición á contribuir con escogidas funciones á la caridad y á la beneficencia. En aquella temporada vertieron una respetable suma en esa forma, en las cajas de las escuelas, hospitales y otros establecimientos filantrópicos. Diariamente dedicaban cuarenta billetes gratis á los niños pobres y á los asilados del Tépam ó del Hospicio. “Lo consignamos con gusto, decía el *Monitor*, en honra de los Hermanos Orrin, á quienes felicitamos por su buen corazón y por su noble deseo de aliviar las penas del que sufre.” No son así, por cierto, todos los empresarios, y el que entre ellos logra de esta manera descollar, merece la gratitud de la sociedad entre la que se sienten sus beneficios.

CAPITULO IX

—
1882.

D. Pedro Delgado sí había recibido el bautismo y el “despacho” de primer actor y Director en el Teatro Español de Madrid. Vémosle figurar por primera vez en el cuadro que allí trabajó en la temporada de 1852 á 1853, siendo empresario el gran D. Julián Romea y primera actriz Matilde Díez: Pedro Delgado ocupaba entonces tercer lugar después de Julián y Florencio Romea. En la temporada de 1860 á 1861, ya aparece Delgado primer actor y Director, habiendo sido Teodora Lamadrid su primera actriz. De 1866 á 1867, bajo la Empresa de D. Vicente Roca, vuelve Delgado á presentarse inmediatamente después de Julián Romea, con Josefa Palma de primera actriz. De 1868 á 1869, sigue en el Teatro Español, después de Manuel Catalina, y con Matilde Díez. El Sr. D. Ricardo Sepúlveda, en su historia del “Corral de la Pacheca ó *Teatro Español*,” se expresa así: “*Pedro Delgado*.—Fué discípulo de Latorre, y ejecutó, después de muerto éste, algunas de sus comedias. Recorrió los teatros de provincia después de haber actuado en el Español; llevó á todas partes el espíritu del romanticismo en la dramática. Representó con singular acierto á *Don Juan Tenorio*, y obtuvo laureles que han debido serle muy lisonjeros. Es una gloria de la Pacheca, con el desenfado caballeresco de Pedro Mate y la escuela de Carlos Latorre. No sabemos, á pesar de todo, que se haya atrevido á representar el *Don Alfonso el Casto*, de Hartzenbusch.” Su talento, que fué innegable, estuvo opacado por su empeño en no salir de la antigua escuela y de la vieja declamación española, buena hasta cierto punto para el género ultrarromántico, que fué siempre su preferido, pero mal vista y mal recibida por nuestros públicos de hoy, que buscan la naturalidad como la más alta expresión del arte. Hacía años que por esta razón ni gustaba ni trabajaba en Madrid, para el que, puede decirse, había muerto en vida.

Su Compañía en México estuvo formada así: *Primer actor y Director*, Pedro Delgado; *Primera actriz*, Balbina Marín de Prado; *Otra primera actriz*, María de Jesús Servín.—*Actrices*, Luisa Salgado de Amato, Fernanda Rusquelles ó Rusquilla, Gertrudis Arceo de Molinares, Josefa Patiño, Elvira Valle.—*Actores*, José M. Prado, José

de la Oliva, Luis Amato, Antonio Alonso, Pedro Servín, Agustín Molinari, Manuel Aranda, Manuel Castell.—*Apuntadores*, Federico M. Sevilla, Luis San Juan. La Servín, la Salgado, Amato y Castell eran ya viejos ó conocidos en México.

Esa Compañía dió su primera función de abono el sábado 25 de Febrero de 1882, con *Sancho García*, de Zorrilla, y la pieza *Carambola, villa y palos*. Para segunda, representó el *Esclavo de su culpa*, de Cavestany. En el drama de Zorrilla, Delgado estuvo bien, porque trabajaba dentro de su escuela; en el de Cavestany estuvo mal, por la razón contraria, sin que le faltasen momentos felices, porque, como ya queda dicho, era actor de talento. El resto de la Compañía pareció débil y en efecto lo era. El repertorio fué viejo y gastado, *La Jura en Santa Gadea*, *La Oración de la tarde*, *El arte de hacer fortuna*, *Traidor, inconfeso y mártir*, *El Rey y el aventurero*, con *Fiarse del porvenir*, *El maestro de hacer comedias* y alguna más moderna, ó dramas sensacionales como *El Conde de Montecristo*. Más adelante, y en la temporada de Pascua, dió su Compañía *Los guantes del cochero*, *El Jugador de Manos*, *El anillo del Rey*, *Mi retrato*, *Los perros del monte de San Bernardo*, *La luz del rayo*, *El guardián de la casa*, *El hombre de mundo*, *Lo que vale el talento*, *El lobo marino*, *Don Juan Tenorio*, *Süllivan*, *El camino del presidio*, *Un drama nuevo*, *La conjuración de Venecia*, *Angel, ó el Doctor y la huérfana*, y otras novedades de la época de *El puñal del godo* y de *El Campanero de San Pablo*. Su público, que en cantidad nunca pasó de muy mediano, fué poco á poco dejando de concurrir al Principal, prefiriendo á él la curiosa exhibición de la *Gallina de vidrio*, que allá en la Plaza de Armas y bajo una tienda de campaña, *empollaba* millares de huevos á la vista de los concurrentes, por medio de estufas y de corrientes eléctricas.

El 9 de Abril, domingo de Pascua, el Gran Teatro Nacional arrendado por la Empresa Moreno, inauguró su temporada de zarzuela con una numerosa Compañía en que figuraban Trinidad Castro y Marcelina Cuaranta, como *primeras triples*; Romualda Moriones, *triple cómica*; Encarnación Vilches y Juana Jiménez, *segundas triples*; Dolores Custodio, *característica*; Juan Prats, *primer tenor*; Enrique Labrada, *primer barítono*; Paulino García, *barítono cómico*; Manuel Iglesias, *tenor cómico*; Matildo Gómez, *primer bajo*; Julio Perié, *bajo y director de escena*; Luis Arcaraz, *segundo barítono y maestro concertador*; José Rivas, *maestro director*. Sus precios por abono de doce funciones fueron: en palcos, *treinta pesos*; en lunetas, *cinco*.

Con la conocidísima zarzuela *Jugar con fuego*, dió la Compañía principio á sus trabajos, ante un abono brillantísimo en que aparecían las familias Escandón, Dublán, Rul, Ortiz, Maldonado, Prida, Escalante, González Buch, Carballeda, Gargollo, Buch, Teruel, Nicolín, Adalid, Fuente, Rubio, Curiel, Gargollo, Berges, Parada, Díez Gu-

tiérrez, Segura, Hidalgo y Terán, Fernández, Garcés, Vergara, Velasco, Montes de Oca, Alcázar, Belle Cisneros, Cortina y Valle. Esta escogida concurrencia, no menos buena en el patio, no tuvo por qué felicitarse de la variedad del repertorio de la Empresa, que durante el primer abono, y sin que por eso menguase el segundo, no salió de *Marina*, *Música clásica*, *El Barberillo*, *Las dos princesas*, *El Juramento*, *Campanone*, *Catalina*, *La Guerra Santa*, *La Gallina Ciega*, y así por el estilo.

Al menos el Principal, que por cierto casi estaba solo, ofreció la comedia *Los guantes del cochero*, que gustó mucho no por su desempeño pero sí por su interesante argumento, con mucha gracia desarrollado. Gustó á su vez mucho, al menos á los amigos de las emociones fuertes, la buena interpretación que Pedro Delgado dió al protagonista de *El Jugador de manos*: pero quien más simpatías conquistó en ese cuadro, fué la graciosa y elegante actriz Fernanda Rusquella, que andando el tiempo había de venir á ser, en otro muy diverso teatro y género teatral, gran favorita del público mexicano. La Prado era bastante buena actriz, pero lograba escasamente llamar la atención en el pesado repertorio del primer actor y director. No obstante, en lo *patibulario* le superaba una modestísima Compañía dramática en Arbeu, la cual, al anunciar *El Terremoto de la Martimica*, decía en su programa: "Se ha construído todo lo concerniente á la pintoresca decoración en que tendrá lugar, á la vista del público, el terrible terremoto, en cuyo acto, trastornada la naturaleza, y en medio de pavorosos clamores de los infelices colonos, se desquiciarán los muros de la ciudad, se hundirán los cimientos desplomándose sus suntuosos edificios, causando un espanto general entre los circunstantes." Tal ha sido siempre la curiosa *literatura* del apreciable Manuel Estrada, en la redacción de sus programas.

El Circo Metropolitano de los Hermanos Orrin, había reanudado en la Pascua sus favorecidas funciones, y el de Hidalgo proseguía en las suyas no menos gratas para el público de sus alrededores. En lo referente á otras novedades, no fué pequeña la que México encontró en la inauguración del Hipódromo de Peralvillo, el 23 de Abril de ese año de 1882.

El Jockey Club de la Capital quiso ensayar esta diversión aquí desconocida, é hizo cuanto pudo para darle brillantez y lucimiento, siendo los combatientes en aquel primer ensayo el *Carey*, el *Halcón* y el *Maretschek*.

Más artística, pero no mejor acogida, fué la novedad de los grandes conciertos ó festivales filarmónicos que el Maestro Julián, nuevo director de orquesta de la Compañía Moreno, trató de implantar en México en la noche del 5 de Mayo, fecha del primero. Con todos los profesores de la Capital señalados en el divino arte, formó una nu-

merosa y buena orquesta, que á la perfección interpretó obras de notables maestros; mas el público no acudió sino en escaso número á dicho primer concierto, en que debe señalarse un magnífico himno á la Paz, letra del distinguidísimo poeta Luis G. Ortiz y música de Melesio Morales; en conjunto, el himno, muy inspirado y marcial, agradó en extremo, estando muy bien en él la magnífica orquesta, los coros, y la Moriones y Prats, que cantaron las estrofas. Dióse el 11 el segundo festival, con tan escasos concurrentes como el primero, pero con muchos aplausos, pues por un extraño fenómeno de nuestro público, aquí los éxitos y el entusiasmo son tanto más ruidosos y nutridos cuanto más reducido es el número de los entusiastas.

De esto podría haber dicho mucho la Compañía de Pedro Delgado, más afortunada, no obstante, que otra que con ella quiso competir con alguna anterioridad, allá por el 11 de Marzo, fecha en que se presentó en el Nacional un modestísimo cuadro dramático dirigido por Segismundo Cervi, actor español, bastantemente humilde y franco para confesar, como confesó, que había trabajado en Madrid, pero sólo en el Teatro de Novedades, coliseo de inferior importancia por el barrio en que está sito, si bien en sus anales apunta una temporada brillantísima en que le explotó con éxito grande el gran D. José Valero, que allí estrenó con desusado lujo *Baltasar*, drama trágico de la insigne Avellaneda. Cervi abrió el Nacional con la comedia *Don Ramón y el Señor Ramón*, de Gaspar, y la pieza *En soltando la sin hueso*, que fué siempre uno de sus caballos de batalla; en su cuadro figuraban la Gutiérrez, la Irigoyen, Emilio Cervi y E. Gutiérrez. Esa tentativa hizo el más completo fiasco.

Pero volvamos á Pedro Delgado, que, luchando con la indiferencia de la mayoría del público y con las intrigas de varios de sus actores, verdaderas nulidades comparados con él pero con más vanidad que un Romea ó una Lamadrid, andaba disgustado y en preparativos para regresar á España. En la noche del 17 de Mayo, Pedro Delgado dió su beneficio con el poema dramático en tres actos y en prosa, *Los amores de Alarcón*, original de Alfredo Chavero, que escrito teniale desde 1879 año en que el ilustre académico D. Luis Fernández Guerra y Orbe, eminente biógrafo del gran D. Juan Ruiz y Alarcón, aprobó y elogió con entusiastas frases la composición de Chavero. A pesar del mal tiempo, el Teatro Principal estuvo esa noche concurridísimo, y el hermoso drama se impuso á sus oyentes, por más que la inmensa mayoría no estuviese en aptitud de juzgar aquel notable estudio de la vida del gran Alarcón, escrito en un lenguaje galano y castizo, al uso y costumbre de los hablistas del Siglo de Oro. A este propósito dijo *El Monitor*: "Insistimos en decir que *Los amores de Alarcón* es el mejor drama que ha salido de la pluma del Sr. Chavero y que es la obra que ha puffido con mayor cariño; sin embargo, fué

recibido con marcada frialdad, diremos mejor, con prevención, y sus escenas pasaron en silencio y el espectáculo terminó sin que el inflexible juez diera al sentenciado siquiera una muestra de benevolencia."

La verdad es que el público andaba de mal talante y que sólo gustaba de literatura muy cargada de la mostaza de la crítica; por esto, sin duda, agradó mucho en el Nacional el juguete cómico-zarzuelesco llamado *La voz pública*, estrenado y repetido en la semana del 15 al 21 de Mayo. *La Voz Pública*, pieza española, corregida y aumentada por varios escritores mexicanos que la acomodaron á nuestra escena, ponía en ella la redacción de un periódico, ó más bien el periódico mismo, personificando sus diversas secciones: *el artículo de fondo* era un sujeto adusto, serio, empalagoso; *la gacetilla*, una muchacha chismosa; *los telegramas*, unos eternos habladores que todo lo decían á medias palabras, y así por el estilo lo demás. La crítica, como era consiguiente, disgustó á algunos, y fué muy celebrada por el mayor número, especialmente por aquellos que no se encontraban aludidos y podían reírse con las alusiones á sus prójimos. Mucho más mediano fué el éxito de la zarzuela con pretensiones de histórica á que Fernández Caballero puso una muy buena música, llamada *Mantos y Capas*, estrenada el 26 del mes de Mayo susodicho, que terminó en el Nacional con la resurrección del *Salto del Pasiego*, que gustó tanto como en su estreno y valió á Concha Carrión aplausos y aun *dianas*.

Pedro Delgado, después de hacerse admirar en *La muerte en los labios* y en *Don Juan Tenorio*, se separó de la Compañía del Principal, que, no obstante, no suspendió sus trabajos, y en la noche del 4 de Junio estrenó en México la leyenda trágica de D. José Echegaray, *Haroldo el Normando*, que cautivó á la concurrencia con sus grandiosos pensamientos y esplendísima versificación. Prado estuvo muy bien en el fiero, altivo y rudo normando, y la Servín muy regular en la *Aurelia*. En la función del 14, y con la zarzuela *El Valle de Andorra*, se presentó en el Nacional la nueva tiple ajustada en la Habana, Gertrudis Bosch, que fué recibida con benevolencia pero sin entusiasmo.

El Teatro Arbeu, que padecía bajo el poder de la modesta Compañía aquélla á que me referí al dar un apunte acerca de su representación de *El Terremoto de la Martinica*, se convirtió en 19 de Junio en Circo acrobático anglo-americano, bajo la dirección del aplaudido *Clown* Ricardo Bell; en el centro del patio fué colocada la pista para los caballos, y en ella lucieron el habilísimo Sebastiani y el mexicano Rea, éste en su ejercicio del *Comanche*, que parece había aprendido "en un cautiverio que sufrió entre las salvajes tribus del Norte, cuyos gritos, alaridos y destreza en el manejo del caballo en pelo

imitaba á la perfección, siendo, á juicio de los peritos, superior al mismo Pineda, otro profesor en ese arte."

Nada de ello perjudicó al Nacional y á su Compañía de zarzuela, que en 24 de Junio estrenó *La Campana de la Ermita*, arreglo de *Les Dragons de Villars*, revivió *La Guerra Santa*, y en 29 de Julio, después de mucho anunciarla, puso por primera vez la obra de gran espectáculo y muy regularmente manejada crítica, *El Siglo que viene*, con muy bonitas decoraciones, elegante vestuario y buen desempeño.

El Principal continuó impertérrito su poco fructuosa campaña, dando en el primer día del mismo Julio el beneficio de Fernanda Rusquella, con la comedia en tres actos *Inocencia*, y la zarzuela en uno *Los carboneros*. El 15, en el mismo teatro, hubo notable función extraordinaria, cuyos productos se destinaron á auxiliar al estimabilísimo Enrique Guasp de Peris, que acababa de sufrir una terrible operación que lo dejó enteramente inútil para volver á trabajar en aquella escena en la que tantos y tan gloriosos triunfos obtuvo; se representó la comedia *Llovido del Cielo*; Prats y la Carrión regalaron al público con un lucido intermedio musical, y después fué cantada la divertida zarzuela *Música clásica*, en la que Romualda Moriones estaba felicísima. El 20 se estrenó en el mismo viejo Coliseo la obra de Echegaray *Los dos curiosos impertinentes*, y el 27, y con mucho gusto del público y provecho para la empresa, *El Hijo de la Nieve ó La Estudiantina Española*, que logró muy numerosas repeticiones. El 11 de Agosto, el Principal, á caza siempre de algo de sensación, volvió á llevar á la escena la ya apolillada, despintada y deslustrada *Venus Negra*, de lo que el revistero del *Monitor*, D. Enrique Chávarri, dijo: "El Teatro Principal obsequió á sus abonados el viernes último con esa obra de gran espectáculo, que tanto conoce ya el público de México, pero que, no obstante, no se cansa de ver." Aunque ya no se conservaban sino muy leves sombras de su antiguo lujo y aparato, *La Venus Negra* aun llamó gente para seis ú ocho representaciones. La necesidad de ser breves, nos obliga á pasar con una simple mención el estreno de la comedia de Gaspar, *La Lengua*, á beneficio de la Servín, que como de costumbre, vió lleno, en aquella su función de gracia, el Teatro Principal.

Sin embargo, aquello no habría podido seguir sosteniéndose ni aun tan trabajosamente como se sostenía, si el viejo coliseo, no queriendo ser menos que el de Arbeu, no hubiera llamado en su refuerzo las curiosas exhibiciones, primeramente introducidas en México por Shumann.

A últimos de Agosto y principios de Setiembre, esa Compañía de Prado-Servín daba funciones compuestas de dos partes, una dedicada á la comedia ó el drama cortos, y otra en que se alternaban los niños velocipedistas, el alambre flojo, los juegos malabares, las palo-

mas amaestradas, el kaleidoscopio gigante, la fuente maravillosa y la Ayesa ó el gran misterio oriental. "Se ha presentado en el Principal, decía el cronista, un bonito espectáculo. Una joven bellísima, de correctas formas, aparece sometida á la influencia de un sueño magnético; de repente, queda en el aire y se la ve recostada en el vacío, en artística actitud. La magnetizadora la cambia entonces de trajes, haciéndola representar diversos tipos, ya un guerrero de brillante casco, ya un ángel cuyas alas parecen desplegarse en el Cielo azul, ya otras mil figuras; y como Ayesa es bella y hermosa, nadie se cansa de admirarla."

Este espectáculo llegó á ser el más poderoso atractivo para los concurrentes al Principal, y fué causa de un muy regular disgusto que el público dió á la apreciable actriz Balbina Marín de Prado, en la noche del 5 de Setiembre; la función era, como ya indiqué, mixta, de comedia y de ejercicios por la Compañía de Variedades, y comenzó con el monólogo *La última carta* que la actriz había recitado con mucho aplauso en su beneficio del 25 de Agosto anterior, después de la comedia *Una aventura de Tirso*.

El público que deseaba admirar á *Ayesa* cuanto antes, empezó por encontrar largo y pesado el monólogo de Blasco, y siguió por fastidiarse y por invitar *indirectamente* á la actriz á concluirle, primero con un murmullo sordo, después con algunas toses y por último, con bastonazos y *patadas* á compás: la pobre artista, pálida, trémula, seguía y seguía sin saber cómo llegar al fin, que á ella con el susto y al público con el disgusto, parecía alargárseles hasta lo inconmensurable, y cuando ese final llegó, la tormenta incivil había desencadenádose en gritos y voces de una casi silba. Al bajar el telón oyóse un gemido de atroz angustia, y luego un golpe seco de cuerpo que se desplomó: un actor se presentó á pedir un médico y á dar cuenta de que la artista se había accidentado seriamente. "Comprendemos, dijo *El Monitor*, la pena de la infeliz señora, ante la crueldad del público: bastaba que fuese una dama y aplaudida artista la que se encontrase en escena, para que se hubieran tenido con ella las consideraciones debidas al sexo y al mérito. Eso no es generoso, y nada disculpa la falta de paciencia del público, en cuyo descargo diremos que cuando supo el accidente de la artista, operó una reacción visible y todos hubieran querido disculparse de su falta de atención. Pero así es el público; ahora el Teatro Principal está completamente lleno, y los juegos malabares, la fuente maravillosa y la rubia y graciosa *Ayesa* han conseguido lo que no pudieron conseguir con los destellos de su claro ingenio Echegaray, Blasco y Gaspar, menos estimables para nuestro público, que la sonrisa de una cirquera de más ó menos exuberantes formas . . ." Séase lo que se fuere, gracias á la *Ayesa* y sus agregados pudo la Compañía del Principal ir viviendo, dar el 12 de